

# Parar al monstruo

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

**A**nte la caída de las ideologías, ante la entronización programada del pragmatismo, ante la apoteosis del egoísmo, ante la agresión al medio ambiente y ante el derroche de objetos inútiles ¿cabe una solución?

Moda llama, muy apropiadamente, Margarita Rivièrre, a ese conjunto de actitudes que no se sustentan en creencia alguna, pero que privan hoy en los llamados países desarrollados, y que sólo son, no hay que olvidarlo, algo así como el diez por ciento, como máximo, de la población total de la humanidad.

Es en verdad un porcentaje espantosamente bajo, y lo es más aún si de los habitantes de esos países privilegiados por su desarrollo económico descontáramos los millones de personas que viven en la indigencia, en un tercer mundo dentro del desarrollo y despilfarro que les marginan y les impiden acceder de alguna de las migajas del festín.

Pero el clisé de cómo viven y han de vivir hombres y mujeres sale siempre de los centros del poder económico, que impone una forma de pensar, de consumir, de vestir... Margarita Rivièrre les llama modas.

Una de las características de la sociedad opulenta consiste en crear continuamente modelos para volver rápidamente caducos a los que hasta ese momento eran vigentes. Sí, todo es nuevo: un nuevo deter-

gente, un coche nuevo modelo, una nevera de diseño nuevo... Aunque los productos que se ofrezcan sean prácticamente iguales a los de uno, dos o tres años antes. Una sociedad cuyos poderes económicos están dedicados casi solamente a fomentar el consumo a toda costa procura también que los objetos de consumo se consuman rápidamente, duren poco.

Es una moda enriquecida, que produce enormes vertidos de residuos nocivos de los que son responsables las industrias y, subsidiariamente, los gobiernos que permiten tales desafueros; pero también son responsables los particulares, que consumen pero que luego ensucian. Ugo Valli imagina que sólo una nueva moda podrá salvarnos de esa especie de enorme bola de nieve que crece continuamente, que está tragándolo todo en su desenfrenado e imparable descenso, y que puede terminar en una inmensa catástrofe. Pero, ¿esta catástrofe podría ser controlada por una nueva moda? ¿O, como escribe Margarita Rivièrre, la moda es ya una especie de Frankenstein, que se rebela y acaba devorando a quienes le dieron vida?

En este supuesto holocausto suicida, la situación se podría explicar con el dicho popular de apaga y vámonos. ¿Pero adónde ir? Sería como comenzar la civilización desde sus inicios, si es que quedan supervivientes para recomenzar. Una moda absolutamente contraria a la que actualmente vivimos y sufrimos es casi impensable. ¿Quién puede imaginar que la sociedad de-

sarrollada se vuelva austera, que respete el medio ambiente o que deje de contaminar?

Pero volvamos ahora a ese noventa por ciento de la población mundial, esos seres que malviven, que pasan hambre, que tienen una altísima tasa de enfermedades graves y cuya esperanza de vida es, en algunos lugares, de menos de treinta años. Faltan alimentos y también carreteras que lleven esos alimentos a lugares incomunicados. Falta asistencia sanitaria, curativa y preventiva; falta agua potable, incontaminada; falta educación y escolarización; falta que los países desarrollados les ayuden realmente, y no sólo en forma de caridad, sino de justicia, ya que los han estado explotando inmisericordemente.

Los ciudadanos menesterosos viven soñando en saltar a Europa, ya que en sus propios países están rodeados de propaganda visual y auditiva del modo de vida occidental, que ellos ven como la solución de todos sus problemas.

¿Cómo explicarles a esos inmigrantes que nuestro sistema se basa en una moda o patrón que se devora a sí mismo, cuando en realidad lo que ellos quieren es devorar, aun a costa de ser devorados por el sistema? Los límites de la miseria de los países desarrollados son apetecibles, como un paso en la escala de una presunta vida mejor.

En nuestro mundo occidental va a ser muy difícil que surja moda, un comportamiento austero, poco consumista, y que ese comportamiento

sea asumido por toda la colectividad, de gastar lo estrictamente necesario. También va a ser costoso, improbo, conseguir que todos los países dejen de contaminar las aguas y el aire, pues los grandes contaminadores son los países económicamente más fuertes, y están protegidos por sus poderes políticos y también militares. Esto supone, naturalmente, que van a continuar las guerras, pero no entre los grandes poderes, sino guerras "exteriores", como lo fue la de Irak.

El comportamiento egoísta de los países desarrollados, que parecen pensar sólo a corto plazo, domina la mayoría del pensamiento de sus ciudadanos: se encogen de hombros cuando oyen hablar de los peligros de un cambio climático que produciría la deforestación de la selva amazónica; dicen no saber nada del agujero negro o del efecto invernadero. Lo que sí les preocupa es la explosión demográfica, y culpan de ella a los chinos, a los negros, a los árabes o a los chicanos.

Esta moda ideológica, este desinterés por lo colectivo, hace que Margarita Rivièrre se pregunte: ¿es posible parar al monstruo? Cualquier cambio total de esta moda-manera de vivir va para largo: el sueño de un paraíso aparential en el que viven unos pocos, y que es el suelo imposible de miles de millones de seres humanos, no es fácilmente renunciable. A una moda de apariencias, o cursi, seguirá otra moda de apariencias y mayor cursilería. Vamos hacia una cursilada planetaria, hacia una moda de apariencia total. ●

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO,  
escritor